

# SANTIAGO POSTEGUILO YO, JULIA



PREMIO PLANETA 2018



Santiago Posteguillo



Yo, Julia

*Premio Planeta*  
2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Santiago Posteguillo, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Mapa del interior: © GradualMap  
Ilustraciones de las monedas: © Leo Flores

Primera edición: noviembre de 2018  
Depósito legal: B. 25.399-2018  
ISBN: 978-84-08-19740-9  
Composición: Planeta Realización  
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)  
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*Para Lisa y Elsa, por todo*



# LIBER PRIMUS



CÓMODO

M COMMODVS ANTONINVS PIVS FELIX AVG BRIT

*Marcus Commodus Antoninus Pius*

*Felix Augustus Britannicus*

## DIARIO SECRETO DE GALENO

*Anotaciones sobre los orígenes  
de Julia y sobre la locura del emperador Cómodo*

Julia se curtió en una constante lucha por la supervivencia desde el principio de su llegada a Roma, siendo su primer enemigo tan formidable como brutal. Prueba de lo que digo son los muchos que perecieron en los últimos años de gobierno del *Imperator Caesar Lucius Aelius Commodus Augustus Pius Felix Sarmaticus et caetera*, esto es, usando una parte de sus nombres oficiales y dejando de lado los exóticos que se fue añadiendo y autoasignando a lo largo de su gobierno; en todo caso, para abreviar y facilitar la narración, a partir de ahora, me referiré a él como Cómodo.

La capacidad de sobrevivir de Julia en medio del peor de los mundos se manifestó suprema ante los desatinos de Cómodo, el último de los emperadores de la dinastía Ulpio-Aelia o Antonina, según nos fijemos en los orígenes de esta estirpe con Nerva y Trajano o en su final con Antonino y Marco Aurelio.

Pero más allá de mi organización temática por enemigos de nuestra protagonista, hagamos un poco de cronología para ubicar al lector en el momento preciso del comienzo de nuestro relato: nacida en Emesa, en la provincia oriental de Siria, hija de un rey-sacerdote del culto al dios del sol El-Gabal, Julia se casaría con Septimio Severo, un prometedor legado del Imperio. Para consumar el matrimonio, la joven muchacha se trasladó a Lugdunum,<sup>3</sup> donde Septimio ejercía como gobernador de la Galia Lugdunense. Ella era muy joven, apenas dieciséis o die-

3. Actual Lyon.

cisiete años; él, un maduro viudo de unos cuarenta años, sin hijos. Los esposos se llevaban bien: Julia era muy hermosa y de una inteligencia sobresaliente, aunque nadie reparase en ello. Supo ocultar esta destreza suya tras la deslumbrante belleza de su rostro y de su pequeño cuerpo, del que Septimio Severo quedó prendado de inmediato, al parecer en un encuentro previo que tuvieron ambos cuando Severo ejerció como legado en Oriente años antes, cuando ella aún era solo una adolescente. Más adelante daré cumplida cuenta de ese primer encuentro entre ambos.

Pero avancemos.

Tras contraer matrimonio con Septimio Severo, Julia se quedó embarazada apenas nueve meses después de la boda, lo que certifica la pasión de su esposo por ella, así como la fertilidad de la augusta. Nació en Lugdunum entonces el primogénito de la pareja, a quien pusieron el nombre de Basiano, como el padre de Julia, un detalle que mostraba algo que muchos no supieron ver: Septimio quería agradar a su esposa, pues estaba enamorado de ella. Algo comprensible desde un punto de vista puramente físico y desde la perspectiva de un varón adulto y en razonable plenitud aún. En mi caso es diferente, pues conocí a la que sería emperatriz Julia cuando yo ya tenía más de sesenta años. Aun así recuerdo que su belleza hizo revivir en mí deseos carnales que creía no ya dormidos sino muertos y enterrados. No lo digo porque la emperatriz cayera en la frivolidad del flirteo o provocara con sus ademanes ni con su vestido. Siempre fue prudente en su forma de conducirse, ya fuera en la residencia de su esposo o en público. No seré yo quien la acuse de llevar una vida lujuriosa como han hecho tantos de sus enemigos hasta crear de ella una imagen tan falsa como extendida en muchos lugares del Imperio. ¿Será esa la idea que perviva de ella, la de los rumores y la maledicencia?

Sin embargo, su capacidad de hechizar a los hombres no era fruto ni de frivolidad en su conducta ni de erotismo fatuo. Era simplemente que hay mujeres de tal hermosura que, no importa cómo se aderecen ni qué ropa luzcan, irradian algo que obnubila. Julia siempre supo utilizar esa baza con su esposo, incluso cuando aquello pudo suponer una guerra civil, descarnada y sin

límites. Quizá tampoco ella tuvo alternativa. Siempre se adelantaba a los acontecimientos, y para Julia atacar primero era la mejor opción y, cuando lo hacía, no solía errar en sus objetivos. Yo creo que actuó siempre en defensa propia, pero vuelvo a adelantar acontecimientos. Ciertamente es más difícil contar una historia como esta que redactar uno de mis manuales de anatomía. El lector habrá de tener paciencia conmigo.

Explico mi aseveración anterior: en los círculos de poder de Roma, si no atacas tú primero, tus enemigos te aniquilan, en el sentido literal del término. Julia aprendió todo esto con rapidez. Los que la critican no han querido entender que ella tan solo fue una alumna aventajada de los usos brutales de la lucha por el poder en Roma y eso que durante años la consideraron una extranjera, mas ella lo solucionaría de forma definitiva. Pero volvamos a los últimos años de Cómodo para marcar el inicio propiamente dicho de nuestro relato: tras su buena gestión en la Galia Lugdunense, a Septimio Severo lo nombraron procónsul en Sicilia. Julia y el pequeño Basiano lo acompañaron y allí dio ella a luz al segundo niño de la pareja, al que llamaron Geta<sup>4</sup> en atención, esta vez, al hermano de Septimio. Ella también sabía cómo agradar a su esposo, y no solo en el lecho. Luego vendría el nombramiento clave para Septimio: gobernador de Panonia Superior con tres legiones a su mando.

Era un matrimonio feliz.

Sí, todo habría sido tranquilo si no hubiera existido Cómodo.

Los acontecimientos se precipitaron unos sobre otros y, en medio de la locura del emperador Cómodo, llegó el desastre. Ese día yo lo perdí todo. Pero no he de dispersarme. Esta no es mi historia, sino la historia de Julia.

4. Pronunciado «Gueta».

## LA IMPULSIVA JULIA

**Seis años antes**

**Residencia de la familia Severa, Roma**

**Finales de 191 d. C.**

Julia levantó sus ojos negros y grandes del pergamino con poemas de Ovidio que estaba leyendo y miró a un lado y a otro. La acompañaba en el atrio su hermana Maesa, que permanecía tranquila, enfrascada también en la lectura de otro códice. Julia se alzó despacio al tiempo que inspiraba varias veces, rápidamente, por la nariz.

—¿Lo hueles? —preguntó.

Maesa dejó el pergamino a un lado del *triclinium* y la miró confundida.

—¿El qué?

Julia no parecía escucharla y, ya en pie, daba vueltas por el atrio inspirando y espirando cada vez más deprisa, al tiempo que escudriñaba el cielo.

—No se ven las estrellas.

—Se habrá nublado —contestó Maesa a modo de explicación.

Su hermana negó con la cabeza y se volvió hacia ella con las facciones tensas en su hermoso rostro procedente de Oriente, un rostro que había enamorado a todo un legado de Roma, a todo un gobernador.

—¿No lo hueles de verdad? —insistió Julia, y al ver que su hermana se encogía de hombros, alzó la voz y llamó al *atriense*, el veterano esclavo jefe de la familia Severa—. ¡Calidio, Calidio!

Un sirviente alto y musculado de unos treinta años apareció veloz en el atrio.

—Sí, mi señora.

—Sal, rápido, y da una vuelta por la ciudad, ve hacia... —Julia miró al cielo e hizo sus cálculos—. Ve hacia el foro del divino Trajano y luego hacia el palacio imperial y regresa raudo. Dime si ves algo extraño.

Calidio asintió y, sin rechistar, dio media vuelta, llamó a otros esclavos a los que dio instrucciones para que cogieran palos, cuchillos y tres antorchas, y salió de inmediato obedeciendo a la señora de la casa sin protestar ni preguntar por qué se le pedía aquello. La obediencia ciega le había hecho llegar lejos en su puesto.

—¿Tan peligrosa es la noche romana que han de coger todo eso? —preguntó Maesa.

Pero a Julia la violencia nocturna de la capital del Imperio no le preocupaba en ese instante.

—Huelo humo, hermana —dijo—. Creo que hay un incendio. Lo que no sé es cómo de grande es este desastre.

## **Palacio imperial, Roma**

Las llamas avanzaban imparables por las dependencias del palacio. Quinto Emilio, jefe del pretorio del emperador Cómodo, daba órdenes a la guardia.

—¡Conducid al augusto a la explanada del circo! ¡Rápido, rápido!

Lo primero era salvaguardar la vida del emperador. Todo lo demás podía esperar. En ese momento, alguien se atrevió a tocarle por la espalda. Quinto Emilio se dio la vuelta con aire de fastidio y llevándose la mano a la empuñadora de la espada. Vio entonces a aquel viejo médico mirándolo con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Has de darme hombres —dijo Galeno.

Quinto Emilio escupió en el suelo.

—Te has olvidado de dirigirte a mí como *vir eminentissimus* —dijo Quinto Emilio por toda respuesta; le incomodaba los aires que se daba aquel médico en el que tanta confianza había puesto primero el emperador Marco Aurelio y luego su hijo

Cómodo—. Ahora no puedo prestarte hombres, viejo. Tengo cosas más importantes entre manos como asegurar la vida del emperador, de su amante, de sus esclavos...

—¡Está ardiendo la biblioteca del palacio! —insistió el médico a gritos.

—¡Y el palacio entero, y también el foro! —le espetó Quinto Emilio, pasando de sentirse molesto a mostrar despecho—. ¡Yo no tengo hombres para caprichos! ¡Pide ayuda a los *vigiles*! ¡Apagar los incendios es misión suya, no mía!

—¡Los *vigiles* están concentrados en intentar salvar el templo de Vesta y el templo de la Paz! ¡La biblioteca está en palacio y el palacio es cosa tuya!

Pero Quinto Emilio negó con la cabeza y dio media vuelta para seguir a los pretorianos que se alejaban del incendio custodiando la figura con toga púrpura del emperador de Roma, a quien habían tenido que despertar del sopor de una gran borrachera producto de los excesos del último de sus interminables banquetes.

Galeno se alejó entonces en dirección contraria.

Quinto Emilio miró un momento hacia atrás y se percató de que el médico, en su locura, en vez de huir se encaminaba directo hacia el corazón del incendio.

—¡Tú y tú! —exclamó el prefecto de la guardia, dirigiéndose a dos pretorianos—. ¡Seguidlo, prendedlo y traedlo al circo!

Aunque aquel viejo le resultara un fastidio, era el médico del augusto emperador, y el jefe del pretorio tenía claro que no era buena idea consentir que en su estupidez aquel anciano se dejara consumir por las llamas. Cómodo lo juzgaría responsable por no haberlo puesto a salvo como a su amante o a los esclavos, y Quinto Emilio no quería degustar el amargo sabor de su ira. Había visto al emperador colérico. No era agradable. Y no se sobrevivía si la rabia imperial apuntaba hacia uno.

Los dos pretorianos asintieron, saludaron militarmente a Quinto Emilio y fueron en busca del anciano que, para su sorpresa, andaba a una velocidad increíble.

—Va a la biblioteca —dijo uno de los pretorianos.

—Allí el incendio arrecia con más fuerza —completó el otro.

Galeno, ajeno a los movimientos de la guardia, llegó a la

puerta del archivo central del palacio. Quería entrar como fuera y salvar lo que pudiese. La puerta estaba cerrada y un humo oscuro salía por entre las rendijas de las dos hojas de bronce que daban acceso a la sala central de lectura. Dio una patada pero no consiguió nada. Fue en ese instante cuando lo cogieron desprevenido por la espalda.

—¡Dejadme, malditos, dejadme! —aulló Galeno con furia pugnando por zafarse del abrazo poderoso de los guardias imperiales, pero él era un hombre muy mayor, y ellos, guerreros recios del Rin incorporados a la guardia imperial por Marco Aurelio.

Los pretorianos lo alejaron casi a rastras de la biblioteca.

—¡Dejadme, liberadme, malditos...! —seguía gritando Galeno, y empezó a llorar mientras lo conducían hacia el pasadizo que conectaba el palacio imperial con el *pulvinar* del Circo Máximo—. Vosotros no lo entendéis. Allí están todos mis pergaminos, todos mis papiros, todos mis escritos de los últimos treinta años. Todo lo que sé, todo lo que he aprendido se está quemando... ¡Que Asclepio os abandone en la enfermedad y os confunda a todos!

De pronto una unidad de *vigiles* encargados de la extinción de incendios en Roma se cruzó con el médico y sus captores. Galeno los vio cargados con cubos de esparto, impermeabilizados con brea, que usaban para echar agua al fuego con más rapidez, pues estos pozales pesaban mucho menos que los de madera. Pero aun así, pese a aquel regimiento de militares entrenados para apagar incendios, las llamas crecían escupiendo brasas incandescentes y restos de papiros ardiendo que volaban hacia la oscuridad de un cielo impasible.

## **Residencia de la familia Severa, Roma**

El *atriense* regresó con el resto de esclavos y entró sudando en el patio de la gran *domus* de Septimio Severo. Allí lo esperaban ansiosas Julia, en el centro, junto al *impluvium*, y Maesa, también en pie e inquieta, pues ya olía el humo que había detectado su hermana.

—¡Hay un enorme incendio, mi señora! —exclamó el *atriense*, inspirando en grandes bocanadas para recuperar el aliento.

—¡Por El-Gabal! —exclamó Maesa encomendándose a la protección del dios del sol de su ciudad de origen.

Julia, sin embargo, no tenía tiempo para religión en aquel momento. Fue directa al grano.

—¿Dónde? ¿Está muy extendido?

—No estoy seguro, mi señora. Pero no he podido ir más allá de la Columna de Trajano. A partir de allí todo es un tumulto. Se ven llamas cerca del Anfiteatro Flavio. El cielo es de color naranja...

Julia y Maesa alzaron la mirada. El resplandor de las llamas iluminaba todo con un tinte ocre, ominoso, temible. Julia se concentró en discernir un plan.

—Despertad a los niños —ordenó de inmediato la matrona de la casa Severa.

—¡Alexiano! —gritó entonces Maesa, al recordar que su esposo estaba fuera de la residencia familiar.

—Ha ido al puerto y eso está en dirección opuesta al incendio —la tranquilizó Julia. Ella no temía por su cuñado ni tampoco por su esposo: Septimio estaba muy lejos de allí, en la remota provincia de Panonia Superior, donde ejercía como gobernador. A ella le habría gustado acompañarlo, debería haberlo hecho, pero...

Sus pensamientos se quebraron ante los golpes en la puerta.

—¡Abrid! ¡Abrid de una vez!

—¡Es Alexiano! —exclamó Maesa.

Abrieron las puertas. El hombre entró veloz y su esposa se abrazó a él.

—¡Hay un incendio gigantesco! —dijo Alexiano a la vez que envolvía con los brazos a su mujer para sosegar su espíritu.

—Deberíamos irnos —propuso Julia, pero en voz baja, como un suspiro.

—¿Irnos adónde?

Julia lo miraba fijamente. Alexiano era un buen hombre. Se había mostrado como un buen marido de su hermana y un buen padre de la niña pequeña que tenían ambos, Sohemias, y, en ausencia de Septimio, ejercía de *pater familias* junto con el omnipresente Plauciano, amigo personal de su esposo.

—Esperemos a Plauciano —respondió Alexiano—. Estaba conmigo en el puerto y ha ido a averiguar si estamos en riesgo o no en esta parte de la ciudad. Ya sabes que salir de Roma...

Pero Julia lo interrumpió.

—Él no es miembro de esta familia —dijo, nuevamente en voz baja. Sabía que estaba moviéndose en terreno peligroso y no quería indisponerse con Alexiano.

—Pero Septimio confía en él. Y yo también —sentenció su cuñado.

Julia calló.

No había margen para discutir la autoridad que su ausente esposo había concedido a Plauciano.

Por el momento.

### **Circo Máximo, Roma**

Por la larga explanada de arena del circo, justo por donde los días de competición transcurrían las carreras de cuadrigas, en medio de las ciclópeas gradas vacías, caminaba el emperador Cómodo recubierto por el *paludamentum* púrpura y rodeado por decenas de pretorianos armados.

Se detuvo y miró al cielo. Luego inspiró. Exhaló.

—El viento va hacia el sur.

—Sí, agosto —confirmó Quinto Emilio mirando también hacia lo alto.

El emperador siguió andando. Se le veía muy serio. Tenso.

—¿Qué se ha perdido? —preguntó.

—No estoy seguro aún, agosto —replicó el jefe del pretorio—, pero parece que el templo de la Paz está arrasado, y con él todos los archivos de Roma y parte del foro. El templo de Vesta también estaba en llamas.

—Es una señal. —Cómodo se detuvo en seco y miró fijamente a Quinto Emilio—. ¿Lo entiendes?

El prefecto se detuvo también, frente al emperador, y tragó saliva. No sabía bien qué decir. Empezó a sudar mientras el agosto lo miraba esperando respuesta.

—No, no lo entiendes —concluyó Cómodo ante el silencio

de su interlocutor y, para alivio del prefecto, sonrió—. No lo entiendes ni tú ni ningún otro excepto yo. Por eso yo soy el emperador y no los demás. Entendéis todos tan poco...

Y echó la cabeza para atrás mientras lanzaba una sonora carcajada que rebotaba en las inmensas gradas vacías. Por orden del emperador, las puertas del Circo Máximo permanecían cerradas. Ese era su refugio aquella noche. Que la plebe buscara otro lugar para sobrevivir a las llamas. El gigantesco edificio, recubierto de mármol por Trajano en el pasado, no ardería fácilmente. Y mientras el viento se llevara el humo hacia el sur, no había ningún problema. Esto es, para él. Eso era lo único esencial. Él.

—Sí, es una señal que me mandan los dioses —continuó Cómodo en voz alta, pero ahora sin mirar a nadie. Sus ojos se paseaban por las majestuosas gradas como si estuviera dando un discurso a un gentío fantasma, invisible para el resto—. Voy a refundar Roma. De las cenizas emergerá una nueva urbe, un nuevo imperio, un nuevo orden...

Pero calló. De pronto frunció el ceño y se volvió rápido hacia su jefe del pretorio.

—¿Has puesto vigilancia en todas las puertas? —preguntó.

—Sí, augusto. Nadie puede entrar en el Circo Máximo, na...

Quinto Emilio no pudo terminar la frase.

—¡Noooo, imbécil! ¡No me refiero a esas puertas! ¡Por Hércules, cuánta incompetencia, cuánta ceguera! Las que me preocupan son las puertas de la ciudad, las entradas y salidas de Roma. ¿Hay pretorianos en los accesos a la ciudad?

—No... el fuego... proteger la vida del emperador ha sido mi prioridad... —se excusó Quinto Emilio, pero dudando, con palabras entrecortadas.

—Pues pon vigilancia, inútil, y más te vale que nadie salga, sobre todo ya sabes quién. Ninguna de esas mujeres debe abandonar Roma bajo ningún concepto.

Quinto Emilio comprendió entonces y se dio cuenta de que el emperador tenía motivo para preocuparse. Pese a su creciente locura, Cómodo exhibía momentos de clarividencia, de lucidez, y aquel era uno de ellos.

—Me ocuparé personalmente.

—Eso espero, por tu bien, pues te consideraré responsable si alguna escapa.

Quinto Emilio asintió con una frente perlada de sudor frío, dejó al emperador meditabundo, que continuaba mirando las inmensas gradas vacías del Circo Máximo, y partió en busca de los accesos de entrada y salida de Roma con la amenaza de Cómodo clavada en los oídos.

Era la primera vez que el emperador lo amenazaba directamente.

No le gustó nada.

### **Residencia de la familia Severa, Roma**

El humo se intensificó. Todos discutían. Y les costaba respirar. Entre las voces nerviosas y los ataques de tos de unos y otros, Alexiano se hizo oír.

—De acuerdo. Haremos lo que Julia ha dicho. Dejaremos la *domus*.

Él mismo encabezó la larga comitiva junto con varios esclavos armados. Tras Alexiano iban la propia Julia, con los pequeños Basiano y Geta, de cuatro y tres años respectivamente, cogidos con fuerza cada uno de una mano de su madre, y Maesa, con la pequeña Sohemias, de apenas unos meses, en brazos. Otro grupo de esclavos armados, dirigidos por el *atriense* Calidio, cerraba la marcha.

Avanzaron entre el tumulto. Muchos huían a contracorriente. Todo era confusión y gritos. Se cruzaron con varias patrullas de *vigiles* que corrían en dirección norte pertrechados con todo tipo de cubos, escalas y hachas.

Caminaron veloces hacia el río y pronto llegaron a las proximidades de la Puerta Trigemina, que daba acceso al río y al puerto fluvial, en el entorno del viejo Foro Boario.

—¡Deteneos! —exclamó Alexiano.

Todo el grupo se frenó en seco. La pequeña Sohemias lloraba en brazos de Maesa, percibía la tensión en el pálpito acelerado del corazón de su madre. Basiano y Geta, por el contrario, guardaban el silencio frío del miedo. Julia miró hacia

delante por encima de los hombros de los esclavos. Pudo ver a decenas de pretorianos, que habían dispuesto controles militares para salir de la ciudad.

Alexiano se giró y la miró directamente a los ojos. Estaban allí por ella, ella misma los había empujado a intentar salir de la ciudad.

Julia, por su parte, en pie, inmóvil pero muy firme, seguía pensando que salir, que escapar de aquella cárcel en la que se había convertido Roma, era la clave de todo, aunque no había contado con que los pretorianos establecieran controles en medio de aquel caos causado por el incendio. Sentía la mirada de Alexiano fija en ella.

—No debemos identificarnos —dijo Julia.

—Si no nos identificamos, no nos dejarán pasar en ningún caso —respondió él.

Ella asintió.

Era cierto. Pero si se identificaban, todo dependería de las instrucciones que aquellos pretorianos hubieran recibido de Quinto Emilio, y todo, a su vez, dependería de lo que el emperador en persona le hubiera ordenado al jefe del pretorio.

—¿Qué hacemos, madre? —preguntó el pequeño Basiano, que había sentido cómo la mano de Julia apretaba con más fuerza la suya propia. Geta callaba. Estaba a punto de llorar, pero como Basiano no lo hacía, él tampoco. Siempre competían en todo: en comer más rápido, en correr más veloces, en saltar más alto, en ser el más valiente.

—Nos retiramos —aceptó Julia, suspirando derrotada. Habían estado tan cerca de conseguirlo...

Alexiano se sintió aliviado. Odiaba enfrentarse a su cuñada. Julia era una persona afable, inteligente y hermosa y una hermana leal para Maesa. Pero a veces era demasiado impulsiva. Seguramente eso fue lo que el propio Septimio Severo vio en ella: una energía inagotable envuelta en aquel hermoso cuerpo. Maesa también era bella, pero de ánimo más sosegado. Alexiano se tranquilizó al ver que ya no tenía que contravenir su sentido de la intuición, que le decía que intentar cruzar aquel control de la Puerta Trigemina no traería nada bueno.

—El humo se disipa —dijo entonces Maesa—. Parece que los *vigiles* están haciendo bien su trabajo.

Alexiano cabeceó afirmativamente. Julia también. El aire era más limpio. Aunque el olor a humo seguía siendo intenso, se podía respirar mejor.

Ninguno del grupo, ya concentrados en retornar a la gran *domus* de la familia Severa, se percató de la mirada inquisitiva del centurión al mando del control militar de la Puerta Trigemina. El pretoriano se fijó en las ropas lujosas de aquella pequeña comitiva que había dado la vuelta a escasos metros del puesto de guardia. Muy serio, se dirigió a uno de sus hombres.

—Síguelos. A distancia y sin que te vean. Y vuelve aquí cuando sepas adónde han ido y quiénes son.

De regreso, Julia, Maesa, Alexiano y el resto, cabizbajos, evitaron las zonas donde había más humo y se encaminaron hacia las proximidades del puerto sin acercarse a ninguna otra puerta para esquivar los controles militares. En un incendio siempre estaba bien tener agua cerca, aunque solo fuera para mojar trapos o esponjas con los que cubrirse la cara y poder respirar filtrando, al menos, parte del humo.

Junto al Tíber, se vieron rodeados por decenas de *vigiles* que, siempre observados por otros tantos pretorianos, cargaban cubos de agua en grandes carros con los que la transportaban hacia el corazón del incendio. Allí encontraron a Plauciano, hablando a gritos con un centurión para que agilizara aquellos trabajos.

—¿Qué hacéis aquí? —les espetó sin ni siquiera saludarlos—. Deberíais estar en la *domus*, a resguardo, con los esclavos armados. La ciudad es un hervidero, una locura.

—El humo hacía el aire irrespirable —explicó Alexiano, pero Plauciano intuía que había algo más.

—Ha sido Julia, ¿verdad? —le preguntó en voz baja, con la mirada fija en la mujer de Septimio Severo, que envolvía con los brazos a los niños para transmitirles tranquilidad.

Alexiano no dijo nada, pero asintió.

—Eso ha sido una locura —continuó Plauciano aún entre susurros—. De ella no me sorprende, pero esperaba más sentido común en ti. Si Septimio se entera, no cuentes con que se lo tome bien.

—Sabes cómo es Julia... —argumentó Alexiano en su defensa.

Y Plauciano bien que lo sabía: lista, testaruda y guapa. Así la veía él. Lo de lista lo detectó solo meses después de la boda con su amigo, el ahora gobernador de Panonia Superior. Para la mayoría que no la conocía bien, Julia era solo la muy bella esposa extranjera del gobernador de la más importante provincia danubiana. Sin embargo, Plauciano había ido aprendiendo que Julia era mucho más que eso, pero ahora había cometido un error y eso a él le venía bien. Se fue directamente hacia ella.

—Si Septimio se entera de que has intentado salir de Roma sin el permiso del emperador, y con los niños...

—Hay un incendio, es una emergencia —se defendió ella sin arredrarse.

Plauciano no estaba acostumbrado a que nadie le impidiera terminar una frase y se perdió en lo que iba a decir a continuación. Julia aprovechó ese breve instante de duda para, a su manera, atacar.

—¿Acaso vas a decirle tú a mi marido lo que he intentado hacer hoy?

Plauciano se acercó a ella. El pequeño Basiano y su hermano Geta sintieron cómo las manos de su madre sudaban, sin soltarlos en ningún momento.

—Quizá Septimio Severo debería saber que su esposa no atiende a razones hasta el extremo de poner en peligro a sus hijos.

Basiano miraba a su madre y luego a Plauciano. Quería entender pero no podía. Eran cosas de adultos. Enfados por motivos que él no alcanzaba a imaginar. Para él, su madre solo los había alejado del fuego y eso al pequeño le parecía una buena idea.

—Mi esposo sabe muy bien con quién está casado. Me eligió, ¿recuerdas? —replicó ella, siempre sin retroceder un paso. Maesa, por su parte, se había alejado con Sohemias en brazos, que aún lloraba.

—Sabes bien que el emperador retiene en Roma a todas las esposas y los hijos de los gobernadores que tienen legiones a su mando como forma de garantizarse su lealtad absoluta —dijo al fin Plauciano, recordando lo que quería haber mencionado

antes—. En particular te vigila a ti, esposa de Septimio Severo, gobernador de Panonia Superior; a Salinátrix, esposa de Clodio Albino, gobernador de Britania; y a Mérula, mujer de Pescenio Nigro, gobernador de Siria, porque cada uno de estos gobernadores dispone de tres legiones a su mando. Eres esposa de uno de los gobernadores más poderosos, y por eso mismo los ojos del emperador no dejan nunca de vigilarte a ti y a todos los que te rodean —continuó Plauciano, poniendo palabras a lo que Julia y Maesa y Alexiano y todos los patricios de Roma sabían, pero apenas nadie se atrevía a decir en voz alta—. Si esos pretorianos llegan a identificarte intentando escapar de la ciudad con tus hijos sin permiso del emperador, Septimio habría sido cesado como gobernador de Panonia en cuestión de horas y no sé qué sería ni de ti, ni de los niños, ni de todos nosotros, empezando por el propio Septimio. Tus impulsos sin control, una vez más, nos ponen a todos en peligro. Y un día nos costarán la vida.

Julia pensó en replicar. Sobre todo por lo de «una vez más», porque nunca antes ella había hecho nada que pudiera indisponer al emperador Cómodo contra su esposo. Ese «una vez más» era gratuito, surgido solo de las ansias de Plauciano, amigo íntimo de su esposo pero siempre en contra de ella, de desacreditarla ante todos los miembros de la familia. Plauciano había visto cómo su influencia sobre Septimio disminuía al tiempo que crecía el amor de este hacia Julia. De ahí el rencor que sentía hacia ella. Eso Julia lo había detectado bien. Arrugó la frente; ¿eran solo celos o había algo más oscuro en esa rabia de Plauciano hacia ella?

Pero Julia, al fin, calló porque era cierto que había cometido un error, aunque en su cabeza no le parecía nada grave porque no habían llegado a identificarlos en la Puerta Trigemina. Había albergado la esperanza de que quizá lograrían salir de la ciudad en medio de la confusión. Luego no habría ido al reencuentro de su esposo. No, eso sí habría sido su sentencia de muerte. La de ella y quizá la de todos, como decía Plauciano, pero el incendio rodeaba el palacio imperial. ¿Estaba el emperador a salvo? ¿Y si el propio Cómodo hubiera muerto esa noche? Si eso pasaba, si Cómodo desaparecía, en tal caso ella tenía

meridianamente claro que correría sin parar hasta llegar junto a su marido. Y si el emperador se mostrara vivo y fuerte, ella habría vuelto en una nítida muestra de lealtad y sumisión. Ni estaba loca ni obraba a ciegas movida por impulsos ingenuos. Lo tenía todo mucho más pensado de lo que nadie pudiera imaginar. Pero ¿de qué serviría explicar todo eso a Plauciano?

Julia dio media vuelta y tiró de los niños en dirección a la *domus* de la familia Severa. Lo había intentado y no había salido bien. Nada se había perdido. Y volvería a intentarlo en la primera ocasión que se cruzase en su camino. No le gustaba ser rehén de nadie.

Varios carros cargados con centenares de cubos y algunas bombas de agua pasaron a su lado a toda velocidad.

La lucha contra el fuego continuaba.

Desde las temblorosas sombras de la calle, un pretoriano observó cómo Julia Domna y el resto de su familia entraban en la inconfundible residencia del gobernador de Panonia Superior. En cuanto las puertas de la *domus* se cerraron, giró sobre los talones y echó a caminar a paso veloz. Tenía que informar a sus superiores en el control militar de la Puerta Trigemina. Ya decidirían ellos qué hacer con esa información.

### III



## LAS CENIZAS DE ROMA

### **Teatro Marcelo, Roma** **Principios de 192 d. C.**

El senador Pértinax, acompañado por su hijo Helvio, entró junto con otros colegas en el gran Teatro Marcelo. El emperador los había convocado a todos en aquel magno edificio, lo que no era habitual. Pértinax buscó con la mirada al veterano Claudio Pompeyano, pero no lo encontró. Su hijo Aurelio Pompeyano asistía en su lugar y le confirmó que, una vez más, su padre había alegado su mala salud y su avanzada edad para no asistir a la reunión del Senado.

Tiempo atrás, Claudio Pompeyano había sido acusado de participar en una conjura contra Cómodo liderada por su esposa Lucila, hermana del propio emperador, pero al final fue absuelto. Cómodo aún recordaba que el viejo senador había rechazado la toga imperial cuando se la ofreció Marco Aurelio. Aquel gesto le valió que Cómodo, hijo de Marco Aurelio, aún confiara en él y aceptara su inocencia. Desde entonces, Pompeyano se mantenía alejado de la vida política y sus ausencias eran las únicas que Cómodo admitía cuando convocaba al Senado.

A quien sí vio Pértinax, además de al hijo de Pompeyano, fue a Tito Flavio Sulpiciano, su suegro, y a su hijo.

—¿Por qué nos habrá convocado aquí? —preguntó este último.

—Nos quiere a todos presentes —respondió Pértinax mientras caminaban por los pasadizos del teatro—, y en la curia del viejo foro no cabemos todos los senadores juntos. El teatro de Pompeyo no le gusta a Cómodo, como a ningún emperador, porque fue allí donde asesinaron a Julio César. Por eso recu-

rre a este edificio. Y se nos va a quedar grande, pues somos setecientos senadores y las gradas del Teatro Marcelo dan para congregarse a más de diez mil perso...

Pero Pértinax no terminó la frase. En cuanto emergieron en la *cavea* inferior del gran recinto se quedaron boquiabiertos: las gradas del Teatro Marcelo estaban, contrariamente a lo que había imaginado Pértinax, repletas de gente. La parte inferior, la *ima cavea*, estaba reservada para los *patres conscripti* y ya la ocupaban numerosos senadores, tan sorprendidos como ellos, pues la *media cavea*, en lugar de estar vacía, bullía con miles de soldados de la guardia pretoriana y, en lo alto, en la *summa cavea*, había también numerosas personas: magistrados locales, caballeros, comerciantes de renombre y alta posición... Todo el que era alguien en Roma estaba aquella mañana en el Teatro Marcelo junto con los miembros del Senado, todos, además, vigilados por la casi totalidad de la guardia pretoriana.

—Aurelio, tu padre se va a perder algo grande hoy —dijo Pértinax—, aunque no sé si quizá sea el más inteligente de todos nosotros. Y el más afortunado.

El joven Aurelio Pompeyano asintió con la boca aún entreabierta. Pértinax, su hijo Helvio, Tito Flavio Sulpiciano y su propio hijo se sentaron. A ellos se les unió el veterano Dion Casio.

El resto de senadores llegó al poco.

Unos instantes después de completado el aforo del recinto, se oyó a los *buccinatores* haciendo uso de sus trompetas a pleno pulmón para anunciar la llegada del emperador de Roma.

La guardia pretoriana de la *media cavea* se alzó y los senadores y el público de la parte superior imitaron a los soldados, por respeto, por prevención, por si acaso.

Cómodo entró a caballo, con la larga capa púrpura imperial colgando por los flancos de su montura. El emperador cabalgó por el semicírculo frente a la *ima cavea* y ascendió por una gran pasarela de madera instalada al efecto para que el animal, calzado con herraduras de oro que resplandecían a la luz del sol, pudiera acceder sin resbalar a la escena del teatro.

—Es uno de los caballos de la cuadriga imperial de los verdes, la que siempre gana en el Circo Máximo —comentó el joven Tito sin ocultar en su voz una confusa mezcla de miedo,

admiración y desprecio ante aquella teatral entrada del emperador.

—Sí —dijo Pértinax, que estaba ya acostumbrado, como su hijo Helvio, como Sulpiciano, el padre de Tito, como el veterano Dion Casio, como todos, a las excentricidades de Cómodo.

Aun así, aquello resultaba tan exagerado que habría sido para reír si el puro terror no les atara un nudo en el estómago. ¿Qué tramaba el errático emperador para aquella estrafalaria reunión del Senado y del resto de magistrados y hombres relevantes de Roma en presencia de toda la guardia imperial? Eso, en efecto, era lo que más nervioso ponía a Pértinax: tener a su espalda a cinco mil pretorianos armados hasta los dientes. Se volvió hacia Dion Casio:

—¿Qué piensas de todo esto, amigo mío?

El otro respondió en voz baja.

—Pienso en que Calígula, tiempo atrás, ya dijo que le gustaría que el Senado tuviera un solo cuello para acabar con todos nosotros de un único tajo, o eso cuentan, y detrás tenemos a toda la guardia pretoriana armada. Tienen más espadas que nosotros cuellos. Eso pienso.

Pértinax cabeceó levemente en sentido afirmativo. Aquello confirmaba sus peores intuiciones.

Las trompetas sonaron una vez más mientras el emperador descabalgaba y se sentaba en un gran trono en medio del escenario. El augusto Cómodo hizo una señal con la palma de la mano hacia abajo, como invitando a los presentes a tomar asiento. Y, aunque la guardia pretoriana permaneció en pie, los senadores se acomodaron en las gradas. En la *summa cavea*, los asistentes también permanecieron en pie para poder ver bien lo que ocurría. Tampoco tenían claro que la seña del emperador fuera dirigida a ellos. Ante la duda, con Cómodo era mejor no hacer nada. Incluso contener la respiración era buena idea.

Lo habitual en una reunión del Senado era que los cónsules de aquel año se hubieran situado a ambos lados del emperador, pero resultaba difícil llevar la cuenta de quién era cónsul no ya aquel año sino aquel mes. Cómodo había usado la venta del cargo de cónsul como una forma más de obtener ingresos comple-

mentarios para sus arcas y así seguir costeándose sus suntuosos *ludi*, ya fueran en forma de luchas de gladiadores, cacerías extravagantes o espectaculares carreras de cuadrigas. Cuando la jefatura del pretorio estuvo en manos del malogrado Cleandro, Cómodo hizo que su prefecto de la guardia vendiera el puesto de cónsul hasta en veinticinco ocasiones.

Pero aquella mañana, sobre el escenario del Teatro Marcelo, junto al gran trono que acogía al augusto, solo había un hombre: el todopoderoso nuevo prefecto del pretorio: Quinto Emilio Leto.

Cómodo no se dirigió a los senadores ni al resto de asistentes. Se limitó a mirar a Quinto Emilio y a decirle una sola palabra.

—Procede.

Aquello sonó a sentencia y tanto Pértinax como su hijo Helvio, Dion Casio, Tito Flavio Sulpiciano y su hijo, y el joven Aurelio Pompeyano, así como muchos otros senadores, miraron hacia atrás con pánico. Sus ojos observaban la *media cauea* donde estaba toda la guardia pretoriana armada, pero ninguno de los soldados se movió ni hizo ademán de desenfundar su gladio. Los senadores miraron entonces de nuevo hacia el escenario. Quinto Emilio se adelantó unos pasos y desenrolló un papiro al que comenzó a dar lectura pública.

—El *Imperator Caesar Augustus Commodus* desea hacer un anuncio principal ante el Senado y ante los diferentes representantes del pueblo de Roma y ante la guardia imperial. En primer lugar, el *Imperator Caesar Augustus* manifiesta que el terrible incendio que asoló nuestra querida ciudad hace unas semanas no es una maldición sino una señal divina de los dioses para con su colega y representante aquí en Roma, el emperador Cómodo, reencarnación de Hércules entre nosotros, pobres mortales. Es una señal que nos indica el nuevo rumbo que ha de llevar ahora Roma, la nueva Roma que emergerá de las cenizas de este holocausto que marcará un antes y un después en nuestras vidas. El incendio en sí mismo ha sido un fuego purificador que ha servido para limpiar la urbe de su pasado mortal y encaminarla hacia un futuro en el Olimpo de los dioses. Pero para esta nueva situación, para este renacer, la ciudad de Roma

ha de cambiar, ha de levantarse de forma diferente a como se mostró bajo el ardor de las llamas incandescentes.

»El primero de los anuncios es que la ciudad de Roma ya no será conocida en el mundo con ese nombre antiguo, sino con el nombre del gran líder divino que la gobierna en su renacer: de este modo la ciudad de Roma pasa a partir de ahora a denominarse para todos Colonia Comodiana.

Quinto Emilio paró un instante para tomar aire y recuperar el aliento. Se pasó el dorso de la mano izquierda por la barbilla. Aún tenía mucho que leer. El papiro era largo.

Los senadores querían hacer comentarios, pero nadie se atrevía a murmurar palabra alguna. El jefe del pretorio continuó:

—Asimismo, una nueva ciudad en una nueva época requiere de una nueva forma para contar el tiempo glorioso que transcurre en este renacer. De modo que a partir de ahora los meses ya no se denominarán como hasta ahora, sino que pasarán a denominarse según cada uno de los doce nombres de la forma abreviada del nombre completo de nuestro divino emperador: *Amazonius, Invictus, Felix, Pius, Lucius, Aelius, Aurelius, Commodus, Augustus, Hercules, Romanus, Exsuperatorius*.

Aquí sí empezaron a oírse algunos murmullos. Pértinax se giró hacia Dion Casio.

—Es lo mismo que hizo Domiciano. El último de los Flavios también cambió el nombre de los meses.

—Pero solo se atrevió a cambiar el de unos pocos —respondió Dion Casio, siempre en voz baja—. Cómodo los ha cambiado todos menos el dedicado a Augusto y, por si no bastara, ha puesto un nuevo nombre a la ciudad.

Cierto era que Domiciano terminó asesinado por unos gladiadores. Dion Casio frunció el ceño: ¿sería ese el motivo por el que Cómodo se había dedicado a matar decenas, centenares de gladiadores los últimos años? A lo mejor no estaba tan loco como todos creían y aquella extravagancia de asesinar a luchadores no era sino un ataque preventivo.

Pero Quinto Emilio proseguía con más anuncios:

—Mañana mismo se decapitará la estatua del gran coloso de Nerón que se alza junto al Anfiteatro Flavio y en su lugar

se pondrá la cabeza de nuestro querido y divino emperador Cómodo a quien tanto debemos todos. A los pies de la estatua se erigirá un león en recuerdo de que el divino Cómodo es un nuevo Hércules entre los romanos, un guía en nuestra confusión y un poderoso defensor en nuestra necesidad. De hecho, para que nadie olvide su fortaleza, en el pedestal se podrá leer a partir de ahora que nuestro emperador es el «único zurdo que ha conquistado a mil hombres en doce ocasiones».<sup>5</sup>

Con esto terminó la lectura. Inspiró profundamente por la nariz y exhaló una gran bocanada de aire por la boca. Enrolló de nuevo el largo papiro, retrocedió varios pasos y, una vez que se encontró en línea con la posición del emperador, añadió:

—¡Esta reunión ha terminado!

Y así fue. No hubo votación, no hubo turno de palabras ni debate alguno. Cómodo, muy sonriente, se levantó y se acercó al jefe del pretorio, que permanecía ahora firme en el centro del escenario.

—Has leído bien pero sin convicción, Quinto —le dijo en un susurro—. Quiero más emoción en tu voz cuando anuncies decisiones tan importantes, ¿me has entendido?

—Sí, augusto.

—No me defraudes —terminó Cómodo, con una mueca de desaprobación que parecía llevar consigo el mensaje velado de otra amenaza.

Quinto Emilio registró aquello. Era la segunda vez que el augusto se dirigía a él con ese tono de desprecio y condena. Aun así, no dijo nada. Se limitó a apretar los labios y a observar en silencio cómo el emperador montaba de nuevo sobre su majestuoso caballo. El lomo del animal quedó cubierto por el despliegue del largo *paludamentum* púrpura imperial que lucía el *Imperator Caesar Augustus* mientras salía cabalgando de la escena del Teatro Marcelo. Tras él fue un nutrido grupo de pretorianos, pero Quinto Emilio permaneció en el centro del escenario vacío como si tuviera el mandato de supervisar que todo el mundo saliera en orden y sin que nadie se atreviera a manifestar oposición alguna a lo allí expuesto.

5. Literal de Dion Casio, *Historia romana*, 73, 22-23.

En efecto, todos iban desalojando el teatro. Un grupo de senadores murmuraba.

—Hay que hablar con Quinto Emilio —se atrevió a decir Pértinax.

—No seré yo quien lo haga —respondió Dion Casio, siempre prudente en extremo y más aún en aquellos tiempos en que la locura de Cómodo era tan errática como imprevisible—, pero si quieres hacerlo, ahí lo tienes; nos vamos a cruzar con él antes de entrar en el pasadizo de salida. Lo que no sé es qué podrías decirle que lo haga recapacitar.

—Algo tengo en mente —replicó Pértinax. Le hizo un gesto a su hijo Helvio para que marchara con el resto mientras él echaba a andar en dirección al jefe del pretorio.

Quinto Emilio vio que uno de los senadores veteranos se acercaba a la escena. Lo conocía bien: sabía que aquel viejo Pértinax, hijo de un liberto, había llegado a senador a base de batirse en decenas de campos de batalla desde Britania hasta Siria, pasando por el Danubio, incluidas las duras campañas de Marco Aurelio contra los marcomanos. No era, pues, un cobarde ni un mero aristócrata rico el que quería hablar con él, sino un hombre que había forjado su destino con valor en la lucha. Eso Quinto Emilio lo respetaba y, como vio que Pértinax permanecía frente a él a la espera de que todo el mundo saliera, sin duda para poder hablar lejos de miradas y oídos indiscretos, el prefecto, en honor al respeto que tenía a aquel senador, aguardó también en silencio.

Se quedaron solos en la escena, justo a la entrada del pasadizo de salida del Teatro Marcelo.

—Entiendo que quieres decirme algo —dijo al fin Quinto Emilio—, pero mide tus palabras porque el emperador sospecha de todo y de todos y mi misión es advertirlo de cualquier posible intento de rebelión, ya sea por parte de los gobernadores de las fronteras o por parte de algún senador.

Pértinax asintió con la cabeza. Miró entonces a un lado y a otro. No había nadie.

—Te agradezco que me escuches y te agradezco la advertencia, pero creo que compartirás conmigo que el emperador toma cada día decisiones más..., cómo decirlo... —Pértinax

buscaba una palabra que no pudiera considerarse acusatoria ni crítica—. Sí, el emperador toma cada día decisiones más inesperadas. Eso hace que nunca sepamos lo que puede pasar al día siguiente.

—Es cierto —admitió Quinto Emilio, al tiempo que también él miraba a un lado y a otro—, pero no sé adónde quieres llegar con esto, senador.

Pértinax inspiró profundamente antes de decir lo que iba a decir, pero en algún momento alguien tendría que hacer algo y Quinto Emilio era el que estaba en mejor posición para hacerlo. O para dejar que ese algo ocurriera.

—Tú, *vir eminentissimus* —continuó Pértinax, usando la fórmula de respeto propia cuando uno se dirigía al jefe del pretorio—, me has advertido y veo en ello buena intención y quiero corresponderte con la misma moneda. Me veo en la obligación de avisarte y hacerte ver lo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado? ¿Que el emperador ha cambiado el nombre de la ciudad y de los meses del año? No veo demasiado problema en ello.

Pértinax negó con la cabeza.

—Lo de hoy no importa. Por mí que llame a Roma y los meses del año como quiera, pero hoy es esto y mañana otra cosa. Y, preocupados por estas naderías, no vemos lo esencial. Tú mismo no ves lo fundamental con respecto a tu posición.

—¿Y qué es lo esencial para mí? —preguntó Quinto Emilio.

—Rufo, Quarto, Régilo, Motileno, Grato, Perenne, Aebutiano, Cleandro... —Pértinax comenzó una enumeración de antiguos jefes del pretorio que habían precedido en el cargo al propio Quinto en los años previos de gobierno de Cómodo—. Disculpa si no los cito por orden, pero tú mismo convendrías conmigo en que es difícil recordar los nombres de tantos prefectos caídos en desgracia. Todos están desaparecidos de la vida pública o, directamente, muertos, ejecutados por orden del emperador. ¿He de decirte más?

Pértinax calló entonces, dio media vuelta y empezó a andar.

—Lo que has dicho... lo que me sugieres es traición —le espetó Quinto Emilio.

El senador se detuvo. Se giró.

—Tengo sesenta y seis años, Quinto, y estoy al final de mis días, pero tú aún eres joven. Tú mismo.

Y el veterano senador reemprendió la marcha dejando al prefecto del pretorio meditando y cabizbajo en medio de la escena de un inmenso teatro vacío.